



*Es posible pensar
sin palabras
¿Es posible pensar
sin ideas?*



Es posible pensar sin palabras ¿Es posible pensar sin ideas?

Julián Sanz Pascual

La neurología moderna se está enfrentando con problemas de lenguaje que desbordan su propio saber, lo mismo le ocurre a la informática. La filosofía lleva muchos siglos estudiando esos mismos problemas, y posiblemente sus aportaciones pudieran ser muy iluminadoras para la neurología y para la informática. Sin embargo la filosofía que hoy puede interesar a esas ciencias o a cualesquiera otras no será ya la de los viejos filósofos tal como ellos la enunciaron, sino una filosofía actualizada.

Platón (s. IV a. C.) planteó el problema en otros términos y propuso que el objeto del pensamiento no fuesen las cosas, sino las ideas, pero unas ideas que no dependen en absoluto de las cosas, pues éstas son cambiantes y perecederas, mientras que aquéllas son inmutables y eternas. Esto salva la universalidad y la necesidad del saber, que sería particular y contingente si sólo dependiese de las cosas. Ahora bien, al no depender para nada de la experiencia sensible, por fuerza se ha de terminar perdiendo en puras elucubraciones, por no decir en vana palabrería, incluso el autor se ve obligado a recurrir a mitos o cuentos para poderlo sostener, los célebres mitos platónicos .

LA OPINIÓN DE ALGUNOS FILÓSOFOS

La relación entre las palabras y el pensamiento es algo que ha interesado a los filósofos desde muy antiguo, también entre el pensamiento y las cosas pensadas. Es a Parménides (s. V a. C.) al que se le atribuye la frase “Es lo mismo pensar que ser”. La verdad es que se trata de una propuesta que en rigor no se sostiene, pues viene a decir que el ser de las cosas está determinado por el pensamiento que tenemos de ellas, lo que haría de la ciencia algo absolutamente banal, por no decir inútil, pues nos bastaría con la pura especulación.

Su discípulo Aristóteles descendió de la nube del idealismo y buscó un conocimiento más enraizado en la realidad y sobre todo en los medios con los que se la expresa, el lenguaje. No en vano este filósofo está considerado como el padre de la lógica (de *logos* = la palabra). Esto le llevó a bajar a los niveles más elementales para poder construir un saber que tuviese solidez. Así, en uno de sus primeros libros de lógica, *De la expresión o Interpretación*, comenzó estableciendo tres niveles de lenguaje: el escrito, el hablado y el pensado.

“Las palabras habladas - dice - son símbolos o signos de las afecciones o impresiones del alma; las palabras escritas son signos de las palabras habladas. Al igual que



la escritura, tampoco el lenguaje (hablado) es el mismo para todas las razas de hombres. Pero las afecciones mentales en sí mismas, de las que esas palabras son primariamente signos, son las mismas para toda la humanidad, como lo son también los objetos, de los que esas afecciones son representaciones, semejanzas, imágenes o copias” (1).

Esta distinción aristotélica de los tres niveles del lenguaje es la que en el siglo XIV llevó a Guillermo de Ockham a establecer algo tan sencillo como paradójico, lo que yo he dado en llamar *la significación natural de los signos convencionales*. Los signos, en efecto, son convencionales, pero la manera de significar es natural. Ockham llama naturales a los conceptos, “las afecciones mentales en sí mismas” según Aristóteles, porque son los mismos para toda la humanidad y los identificamos sin necesidad de convenciones previas; mientras que las palabras, tanto las habladas como las escritas, son convencionales y no las mismas para toda la humanidad. Esta distinción debería haber sido iluminadora para toda clase de saberes, especialmente para los que tienen por objeto el lenguaje, sin embargo ha pasado inadvertida durante siglos o ha sido muy poco valorada por lógicos y filósofos, igual que por gramáticos, y aún hoy sigue sin interesar a lingüistas e informáticos, lo que no hace extraño que tampoco interese a los neurólogos, y eso que uno de sus temas fundamentales son las relaciones entre la palabra y el pensamiento o entre la mente y el cerebro.

SOBRE LA NEUROLOGÍA

A caballo ya entre los siglos XX y XXI, nos encontramos con una neurología en estado boyante; según Antonio R. Damasio, “Se ha aprendido más sobre el cerebro y la mente en la década de los noventa, la llamada década del cerebro, que durante toda la historia precedente de la psicología y la neurología”. Este mismo autor, a pesar de las muchas dificultades que señala para su ciencia, algunas muy arduas, no duda en hacer esta afirmación: “Creo que podemos arriesgarnos a decir que para el año 2050 tendremos suficiente conocimiento de los fenómenos biológicos como para suprimir el dualismo tradicional entre cuerpo y cerebro, cuerpo y mente, cerebro y mente” (2)

La verdad es que, si nos remontamos a sólo dos siglos atrás, nos encontramos con una ciencia tan extraña para nosotros hoy como la *frenología* (de *frene* = inteligencia, y *logos* = tratado). Se basaba en una hipótesis formulada por el anatómico Gall hacia el año 1800. Consideraba al cerebro como una agregación de órganos, correspondiendo a cada uno de ellos diversa facultad intelectual, instinto o afecto, gozando estas facultades de mayor o menor energía de acuerdo con el mayor o menor desarrollo de la parte cerebral correspondiente. Esta ciencia suponía que había una correspondencia exacta entre cada facultad y una determinada parte del cerebro. Pero aún más, suponía que el cráneo se adaptaba perfectamente a la corteza cerebral, lo que hacía que ésta se identificase con la superficie externa, lo que permitía que se la pudiese observar desde fuera. Esto llevó a los frenólogos a establecer mapas de la cabeza en los que quedaban fijadas las áreas correspondientes a cada facultad, lo que permitía conocer todos los rasgos de la personalidad de cada individuo con un estudio minucioso de la superficie craneal. En España el introductor de esta doctrina fue el médico catalán Mariano Cubí i Soler. (Fig. 1)

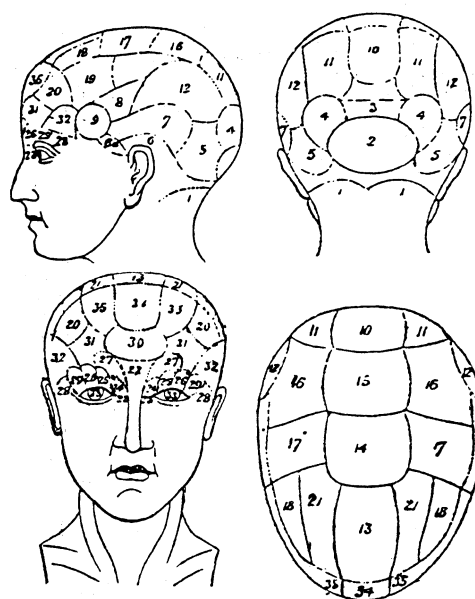


Fig. 1.- Localización frenológica de Spurzheim

Hoy la neurología ha descartado completamente el mero estudio de la superficie externa craneal y se ha adentrado en el estudio directo de los órganos del cere-

(1) ARISTÓTELES, *De la expresión o Interpretación*, cap. I.

(2) ANTONIO R. DAMASIO, “Creación cerebral de la mente”, en *Rev. Investigación y Ciencia*, Barcelona, enero 2000.



bro y de su relación con cada una de las diferentes facultades mentales. Sin embargo, a pesar de los enormes avances que se han producido, especialmente con motivo del estudio de las patologías, sobre todo de las *afasias* (privación de la palabra), todavía quedan preguntas claves a las que no se sabe cómo responder. Nosotros aquí nos estamos ocupando de si es posible o no pensar sin palabras, aunque todavía vamos a ir más lejos para preguntarnos al final si es posible pensar sin ideas. Nuestro objetivo, sin embargo, no es competir con los neurólogos, sino aportarles desde la filosofía del lenguaje algunas ideas por si les pudieran ser iluminadoras. Porque hay muchos problemas muy viejos entre los que los neurólogos y psiconeurólogos de hoy se están debatiendo, y en algunos casos están dando respuestas que se parecen a las ya dadas en tiempos pasados.

EL PENSAMIENTO Y SU COMUNICACIÓN

El hecho de que pensemos y de que podamos comunicar este pensamiento a otros, incluso a nosotros mismos, es algo que está en la raíz de nuestra condición humana y algo también que ha preocupado siempre a todo el que se ha dedicado a reflexionar. Ya hemos apuntado la singular y paradójica aportación de Ockham al afirmar que, aunque los signos que usamos son convencionales, la manera de significar no lo es, sino que es natural. Si la manera de significar fuese convencional como los signos, todos los secretos del lenguaje los podríamos descubrir en el estudio del origen de esa convención. Podemos plantear el tema en el terreno de la traducción, que a ella precisamente apuntaba Ockham. Si el significado de cada signo fuese absolutamente convencional, nos bastaría con un buen diccionario para hacer cualquier traducción de un idioma a otro. Pero resulta que en cada idioma no hay una correspondencia biunívoca entre significante y significado, sino que cada signo puede tener una gran variedad de significados, *homónimos*, también a la inversa, *sinónimos*, varios signos con la misma significación. (Aunque hay lingüistas que niegan la sinonimia propiamente dicha, pues entienden que cada sinónimo acaba especializándose en algún matiz o en alguna función, lo que le hace diferente a los demás y lo que al mismo tiempo le permite sobrevivir, haciendo frente así al principio de economía que rige en todas las lenguas). En cuanto a los *homónimos*, hay algún caso, como en el término "pie", en que el reciente *Diccionario del español actual*, de Manuel Seco, recoge hasta 110 acepciones distintas. El problema entonces

está en cómo poder gobernar semejante desgobierno, pues el hablante ha de entender a qué acepción se refiere cada palabra en cada uso, y esto sin necesidad de signos auxiliares o de palabras complementarias que harían el discurso insoportable. El término "doblar", por ejemplo, no significa lo mismo en "doblar un periódico" que en "doblar una apuesta" que en "doblar las campanas" que en "doblar los riñones" que en "doblar una esquina", etc. Es indudable que si nos atenemos a la pura convencionalidad de los signos, nos encontramos con un muro para descubrir cuál es el contenido real de "doblar" en cada caso, en algunos verdaderamente contradictorio, como "doblar un periódico", que significa reducir su superficie a la mitad, y "doblar una apuesta", que significa multiplicarla por dos.

¿CÓMO GOBERNAR SEMEJANTE DESGOBIERNO? DE LA ESCRITURA A LA LECTURA

El genio de la lengua ha sido capaz de resolver el problema de una manera muy sencilla: haciendo que los signos no signifiquen de manera analítica o por separado, sino de forma sintética o por relación. Es lo que en términos comunes se llama significar por el contexto, también se dice al sentido. Pero esto no es algo que se haya conseguido de una manera casual, sino que es el resultado de un proceso muy largo, muy inteligente y muy sostenido, que llega hasta hoy mismo. Se trata de un verdadero milagro, el de transformar la escritura en lectura, algo que hoy nos parece la cosa más natural del mundo, pues nos resulta sencillísimo coger un texto y leerlo bien en voz alta bien mentalmente. Aunque aquí hay que advertir que en la Edad Media sólo se sabía leer en voz alta. Esta lectura es posible gracias a un fenómeno histórico muy poco conocido y muy mal estudiado, el llamado *fonetismo* o *fonetización* de la escritura, cuando los lenguajes escrito y hablado se identificaron, cuando la letra se transformó en música. Según Gelb, la fonetización comenzó con los nombres propios de persona, pero después se extendió a toda clase de signos. (Fig. 2).



Fig. 2.- Escritos de nombres de persona del periodo de Uruk. De Falkenstein, *Archaische Texte aus Uruk*, p. 24.



Es necesario advertir también que no todas las escrituras son fonéticas. Las del Viejo continente que ahora conocemos son fonéticas, pero las precolombinas del Nuevo, por ejemplo, no se llegaron a fonetizar (3).

LA LECTURA IMPRIME A LA ESCRITURA UN DINAMISMO QUE ÉSTA POR SÍ MISMA NO PUEDE TENER

Comencemos por decir que la fonetización permite que la escritura, que es de naturaleza espacial, gracias a la lectura se haga temporal. Esto es lo que imprime a la primera un dinamismo que por sí sola difícilmente podría tener. Es que la escritura depende de la memoria visual, que temporalmente es mucho más pobre que la lectura, que ya se da en la memoria auditiva, mucho más rica temporalmente. Así, un cuadro de pintura lo tenemos que ver todo de una vez, no podemos ver hoy un trozo y dentro de una semana otro, pues es esencialmente descriptivo o estático, mientras que la lectura de un texto la podemos hacer en tiempos distintos, incluso muy alejados, pues es esencialmente narrativo o dinámico. Pues bien, la transformación de la escritura en lectura es lo que permite el milagro de que un mismo término pueda tener los significados más diversos, a veces hasta contradictorios como hemos dicho. Las palabras así no significan de manera continua o analítica, automática podríamos decir, lo que las invalida para ser consideradas como la causa del concepto que su uso o pronunciación desencadena. Esto quiere decir que nosotros podemos descubrir el concepto correspondiente de una palabra antes de decir la palabra, también bastante tiempo después de haberla dicho, incluso sin necesidad de decirla. Este último caso es el que en la gramática da lugar a esa figura que se llama *elipsis*, que no es ningún pecado, sino una gran virtud por lo que tiene de liberación de materia en cualquier escrito.

Todo esto tiene una enorme importancia, entre otras cosas, de cara a ese intento de la traducción automática por ordenador en la que se lleva trabajando desde hace cinco décadas, también la tiene para los estudios de neurología en su relación con el lenguaje.

EL DESAJUSTE TEMPORAL ENTRE LOS LENGUAJES HABLADO Y PENSADO

Nosotros aquí vamos a fijarnos en el hecho singular de que podemos entender un término no sólo en un momento distinto a aquél en que ha sido pronunciado, sino con dos significados distintos, incluso contrapuestos, lo que suele dar lugar a graciosos chistes. Dos amigos se encuentran y uno le dice al otro: “¿No sabes? Me he casado con una *muda*”. Entonces el otro le replica: “¿Ah, sí? Pues yo, chico, me he casado con *lo puesto*”. Es indudable que en la lectura de estas frases se ha imprimido al término *muda* un dinamismo asombroso, haciendo que en la primera signifique una cosa, “una mujer que no habla”, y en la segunda otra que nada tiene que ver con la primera, “un conjunto de prendas interiores de vestir”. Es claro que este juego de significados nos viene a decir que la palabra del lenguaje hablado no es determinante a la hora de desencadenar el concepto correspondiente en el lenguaje pensado. Este es el problema que en la lingüística moderna ha llevado a Saussure, por ejemplo, a preguntarse cuál es la unidad significativa mínima, que en rigor no puede ser la palabra, pues ésta por sí misma y por separado no sabemos realmente lo que puede significar (4).

Nos queda, sin embargo, explicarnos este extraño y fecundo fenómeno de poder tener un mismo término significados distintos. En buena ciencia la mejor explicación ha de partir de algún hecho observado, en este caso el del *desajuste temporal que se da entre los lenguajes hablado y pensado*, lo que nos remite a la ya no tan moderna teoría de la relatividad, que en esos desajustes temporales de los fenómenos físicos observados ha encontrado precisamente su principal dificultad y en cuya solución ha empeñado sus mejores esfuerzos. Sin embargo la primera observación de este desajuste temporal en lo que al lenguaje se refiere, la he visto enunciada medio siglo antes de la teoría de la relatividad de Einstein, en un libro de un filósofo español hoy prácticamente olvidado y cuyo nombre no se puede pronunciar en nuestro país sin gran escándalo de la gente que cree que se lo sabe todo. Por tanto, no lo voy a pronunciar... a no ser bajo tortura.

La idea de este desajuste temporal la podemos entender muy bien, creo yo, mediante una sencilla anéc-

(3) IGNACE J. GELB, *Historia de la escritura*, Alianza, Madrid 1985³, pp. 84-86.

(4) FERDINAND SAUSSURE, *Curso de lingüística general*, Akal, Madrid 1980, p. 109 y ss.



dota. En cierta ocasión estaba yo embebido en mi trabajo, cuando alguien a mi espalda me preguntó: “¿Ha venido Ricardo?” Mi respuesta fue ésta: “¿Quién?... Sí” Es decir, que después de haber oído la palabra *Ricardo* pregunté “¿Quién?”, y sin haber mediado respuesta alguna por parte de mi interlocutor, inmediatamente respondí “Sí”. A esta anécdota podemos añadir otras muy sencillas, como es el hecho que a todos nos ocurre alguna vez, el de escribir en el teclado las letras de una palabra en orden incorrecto, el tracamundo.

Este desajuste temporal es evidéntísimo: el momento en que oímos la palabra no se corresponde con el momento en que identificamos el concepto correspondiente. El genio de la lengua ha sabido utilizar prácticamente este desajuste para poder dar a cada término los más variados contenidos, a veces contradictorios incluso, lo que a su vez supone un mecanismo de economía de signos verdaderamente asombroso. Pero es que además así se hace del lenguaje ordinario un instrumento dinámico eficazísimo para expresar el conocimiento que tenemos de las cosas, que también es dinámico, así como las cosas mismas.

Queda, pues, clarísimo que las palabras no son la causa del pensamiento, lo que nos lleva a concluir sin ninguna duda que se puede pensar sin ellas, lo que no quiere decir que no sean instrumentos muy útiles, pues es bien sabido que le facilitan y que nuestra capacidad de pensar depende mucho de nuestra riqueza de vocabulario, aunque debiéramos decir mejor de nuestra riqueza de ideas, que, como ya hemos dicho, no tienen una correspondencia biunívoca con nuestras palabras. Como ejemplo ilustrativo, E. R. Hilgard propone este test de inteligencia que, según él, requiere una actividad no verbal. (Fig. 3)

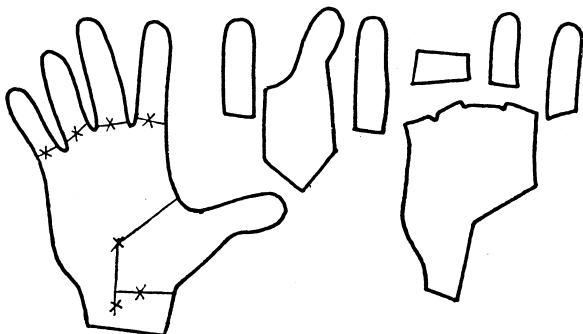


Fig. 3.- Un test de inteligencia que requiere una actividad no verbal (5)

¿PODEMOS PENSAR SIN IDEAS?

Preguntarse si es posible el pensamiento sin palabras exigiría comenzar distinguiendo qué entendemos por pensamiento y qué entendemos por palabras. Si por pensamiento entendemos nuestra capacidad de seguir a las cosas en su natural dinamismo, las palabras con las que le podríamos seguir serían aquellas que fuesen dinámicas, es decir, que pudiesen tener significados cambiantes de acuerdo con la temporalidad en que fuesen pronunciadas, también de acuerdo con el ritmo y aún con la cadencia. Es indudable que el neurólogo, al plantearse si es posible o no pensar sin palabras, ha de tener en cuenta qué entiende por palabras. Si a éstas se las entiende como algo fijo, no sólo es posible pensar sin palabras, sino que para que el pensamiento pueda ser dinámico es necesario no depender de ellas.

¿Y qué ocurre con respecto a las ideas? Pues algo muy parecido. Si las entendemos como lo hacía Platón, como algo inmutable y fijo, con ellas no podemos tener un pensamiento dinámico, el verdadero pensamiento sobre la realidad, que es temporal y dinámica por tanto. Esto nos obligaría a prescindir de las ideas para poder pensar, también a hacerlas eclosionar si llega el caso, lo que es tanto como decir fecundarlas, hacer que dejen de ser estériles.

Todo esto viene a decirnos que tanto las palabras como las ideas son medios para el pensamiento, nunca el pensamiento mismo. Entonces, volviendo otra vez a Aristóteles, podíamos establecer esta jerarquía: la palabra escrita, la palabra hablada y el concepto o idea. ¿La idea es el pensamiento o éste puede ir más allá de la idea, puede no depender de ella en su desarrollo? En la teoría platónica de las ideas, en el llamado *innatismo*, el pensamiento no interviene para nada en la elaboración de las ideas, sino que el alma, la mente para los neurólogos, simplemente las conoce por contemplación cuando estaba en el Hades, antes de unirse al cuerpo. (Se trata de una explicación puramente mítica). Entonces, al considerar al alma o a la mente como pasiva en el acto de acceder a las ideas, bien se puede decir que es imposible pensar sin ideas. Por el contrario, en la teoría aristotélica, que parte de la conocida frase *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu* (Nada hay en el entendimiento que antes no haya estado en los sentidos), el entendimiento es activo en la elaboración de las ideas, lo que evidencia que ha de poder pensar antes

(5) E. R. HILGARD, *Introducción a la psicología*, Edic. Morata, Madrid 1972, t. II, p. 78.



de que esa elaboración esté hecha, es decir, que puede pensar sin ideas. Entonces el problema estará en dilucidar hasta qué punto el *innatismo* es rechazable de manera absoluta. Hoy la filosofía más avanzada, si no acepta el *innatismo* extremo tal como lo propuso Platón, sí acepta en cambio que para pensar necesitamos disponer de ciertos principios intelectuales que han de ser *innatos*. Es evidente que el hombre más primitivo intelectualmente hablando, cual puede ser un niño recién nacido, para empezar a conocer ha de aplicar, además de los sentidos, por lo menos el principio de identidad, aunque sea en su acepción más primaria: identifica lo que le resulta gratificante y lo distingue de lo que no lo es. El niño también empieza a distinguir lo simultáneo, lo *espacial*, de lo sucesivo, lo *temporal*. Igualmente es inevitable que para que el pensamiento tenga un mínimo de consistencia se aplique de alguna manera el *principio de contradicción*: una proposición no puede ser verdadera y falsa, al menos *al mismo tiempo*. Todo esto quiere decir que el hombre no puede pensar sin ideas ni aún en los estadios más primarios, bien que él va a ir siendo capaz después de ir elaborando y desarrollando sus propias ideas al objeto de facilitar su pensamiento y hacerlo más y más rico.

En resumen, el hombre puede pensar sin palabras, no puede pensar sin ideas, al menos sin las más elementales. Los animales también piensan, esto es incuestionable, pero su lenguaje, si lo tienen, es muy pobre, así como su sistema de ideas, lo que hace de ellos unos seres intelectualmente inferiores.

UNA CONSECUENCIA MUY CLARA Y MUY SENCILLA PARA LA INFORMÁTICA

De todo lo dicho hasta aquí se desprende que el hombre es bastante autónomo, pues, al no depender su pensamiento de las palabras, al menos de forma absoluta, puede muy bien entender con cada una de ellas lo que prácticamente le venga en gana, puede incluso modificar a su arbitrio las claves convencionales de cualquier lenguaje. La máquina, por el contrario, no es autónoma, sino automática. Sus respuestas sí dependen de las palabras o de los signos con que se la estimule, y siempre va a dar la misma respuesta al mismo estímulo por más que su capacidad de autoprogramación nos lleve a veces a pensar que no es así. Puede ocurrir que una máquina en algún momento nos dé una respuesta completamente inesperada, sin embargo a nadie se le puede ocurrir que es caprichosa, sino que ha sido el resultado de un proceso que nosotros no hemos sido capaces de seguir. En el ser humano, incluso en los animales y aún en las plantas son frecuentes las respuestas más inesperadas. En las plantas no solemos resignarnos a no comprender el proceso por el que se han producido, en los animales sí podemos llegar a resignarnos, pues hoy ya nadie admite que sean máquinas. En el hombre, en cambio, es en el ser en que más fácilmente podemos renunciar a su comprensión, pues hay respuestas que suponemos originadas en esa facultad incontrolable y caprichosa que es la voluntad. Si el hombre no pudiese pensar sin palabras, tampoco sin ideas, entonces podríamos determinar su conducta con las palabras y con las ideas adecuadas, que es lo que pretenden hacer los grandes manipuladores que no creen en la libertad.